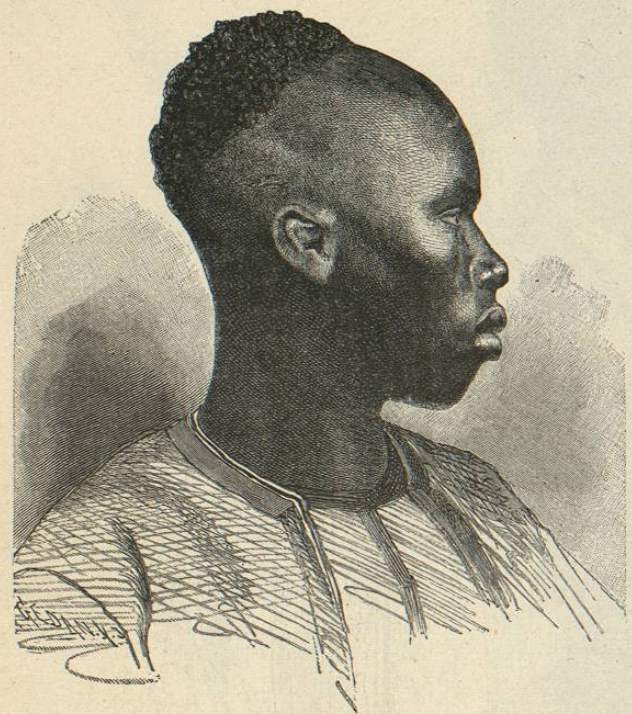


uno se ha apoderado de la herencia del otro y ambos despertan cierto interés por el hecho de correr paralelo el desenvolvimiento histórico de los mismos. Estos dos grupos de pueblos tienen común la leyenda de su procedencia de una ciudad situada al Este ó al Nordeste, que los aschantis denominan Inta ó Assienta. Consideramos inútiles los esfuerzos que se hagan para deducir de estos datos indeterminados conclusiones fijas acerca de su situación y aun de su existencia, como han pretendido hacerlo algunos observadores, diciendo unos que estaba situada al Este de Mandingo, otros que al Oeste de Axim, otros que al Norte de Akani, etc. Y decimos esto porque si bien en



Un negro del Sudán (de una fotografía de la colección del Dr. Pruner-Bei)

la leyenda puede existir un fondo histórico, éste se encuentra envuelto, hasta el punto de hacerse desconocido, por las narraciones á las cuales ha servido de punto de cristalización. Esta ciudad representa un papel importante en un gran número de leyendas no muy afines entre sí del grupo de Dahomey que da á la misma el nombre de Nodsie. Dicen las gentes de este grupo que había allí una selva oscura y espesa que era considerada como un gran santuario *maruwe*, es decir mansión de Dios, para diferenciarse de *drove* mansión de los dioses. Los eweos pretenden que la tiranía de un rey les obligó á ellos y dos tribus vecinas, los aschantis y los akwambus, á emigrar de Nodsie. Creen, además, que Nodsie es el lugar de donde viene el alma cuando nace el hombre y al que vuelve al morir éste. Si admitimos que esta teoría viene á ser el recuerdo de una residencia primitiva de estos pueblos, tendrá para nosotros cierta importancia la tradición de los aschantis, según la cual éstos vivieron allí mezclados con otras tribus que llevaban nombres de animales y de las cuales las más ilustres se llamaban búfalos, gatos monteses, panteras y perros. Esta clasificación aparece todavía en uso, por más que haya perdido aquella profunda significación, y puede perfectamente indicar que el pueblo de los aschantis nació de la aglomeración de tribus que, unas muy cerca de otras, habían vivido en otro lugar. Para nosotros tiene, además, el interés de recordarnos la costumbre ex-

tendida por todo el mundo de dar á las tribus nombres de animales. El origen común, sin embargo, sólo puede haber existido en el interior: en efecto, desde el interior avanzaron estas tribus hacia la costa, siguiendo la gran ley del movimiento de los pueblos del Africa occidental. Como pueblo guerrero y dominador no aparecen los aschantis en la costa hasta el año 1700. Anteriormente á esta fecha avanzaron también desde el interior y en son de conquista los akwambus. De igual modo puede asignarse á los fanes una residencia primitiva en el interior.

Las colonias y Estados de Sierra Leona y de Liberia formados con esclavos manumitidos no ofrecen apenas interés desde el punto de vista etnográfico, por la abigarrada mezcolanza que presenta su población, en su mayor parte cristianizada y europeizada, y compuesta de elementos de las más distintas procedencias. La población de la colonia de Sierra Leona asciende, según el último censo, á 60,000 almas, de éstas sólo 163 europeos con residencia fija, y se compone de los descendientes de los negros inmigrados (manumitidos) y de 14 tribus de negros indígenas. Entre éstas, merecen especial mención los codiciosos y desmoralizados timmanis, los mahometanos mandingos, tribu noble y acomodada, y los krus, notables como trabajadores y marineros excelentes. El rasgo característico de todos estos negros es su aversión á la agricultura por considerarla ocupación propia sólo de esclavos, idea especialmente propagada por los esclavos norte-americanos importados y que subsiste aun hoy día á pesar de todos los esfuerzos del gobierno inglés que procura estimular por medio de la instrucción y de premios esa rama de la actividad humana tan importante para el florecimiento de la colonia. En cambio, el comercio es aplaudido por todos estos negros, pero como la producción no basta para dar ocupación á todos los comerciantes que allí existen, las relaciones económicas de esta colonia como las de Liberia son poco satisfactorias, y á pesar de todas las iglesias y escuelas no lo son más las relaciones religiosas y morales, de suerte que por de pronto las «colonias africanas de Africa» no pueden ser consideradas como ensayos coronados por el éxito. Sin embargo, el sentimiento de justicia nos obliga á decir que se han hecho lentos progresos que hacen esperar para más adelante un éxito completo: la capital de Sierra Leona, Freetown, especialmente, parece desarrollarse en condiciones favorables.

CAPÍTULO III

LOS NEGROS DEL TERRITORIO DEL NÍGER-BENÚE.

Los pueblos que aquí se ofrecen á nuestra vista son negros, pero negros que ora por los rasgos nobles que en ellos predominan, ora por las pruebas que tienen dadas en punto á historia y á civilización demuestran los efectos de extranjeras influencias.

Dificultad de definir de una manera fija el tipo casi borrado de estos pueblos. — Ejemplo de los musgus. — Su superioridad sobre los sudaneses y los fulbas. — Reminiscencias del grupo de sandehs-bongos. — Fraccionamiento político. — Influencia del islamismo. — La sociedad. — Los mandingos. — Los serrakoletes y bambarras. — Los soninkes. — Los tukuleres. — Los joloffes. — Los haussas.

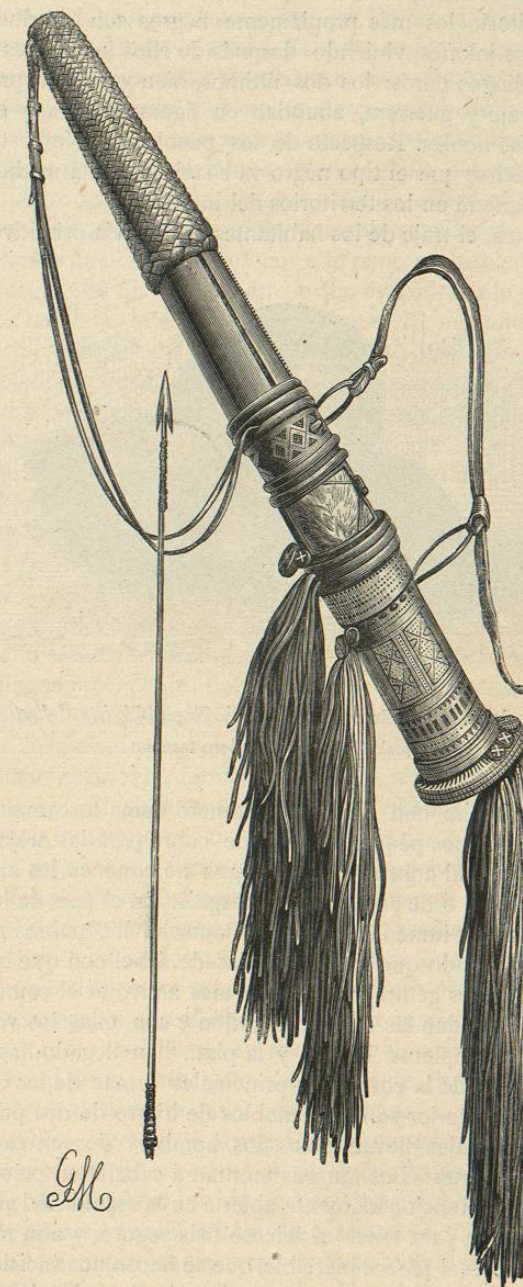
En el territorio costanero del Africa occidental existen, como hemos visto, dos fuerzas que imprimen movimiento á los pueblos, á saber: primera, la civilización que desde la costa avanza por el interior con su tendencia á fomentar la

producción y el comercio, á establecer fijamente á los pueblos costaneros en sus residencias y á desenvolver su cultura; y segunda la fuerza que desde el interior se dirige hacia la costa y que está producida por las salvajes tribus guerreras sedientas de botín comercial, cuyas costumbres y quizás también estructura corporal tienen algún punto de contacto con aquellas tribus más blancas del borde occidental de la cuenca del Nilo que probablemente son designadas como más perfectas, y que, lo propio que algunos de aquellos africanos occidentales de segunda fila, pueden ponerse en contacto con sus vecinos septentrionales hamitas. Pero así como allí se ofrecen á nuestra vista pueblos de una misma raza y las más de las veces de una misma rama lingüística, en el Noroeste del Africa tropical encontramos el antagonismo representado por pueblos diferentes en estructura corporal, en idioma y en cultura. La impresión que esto produce es, pues, la de un abigarrado cuadro etnográfico, sin que á pesar de ello aparezca una profunda sima entre éste y el que ofrecen los pueblos de los alrededores de Ogowe y los del Congo, pues unos y otros tienen de común el elemento de los negros sedentarios. Los pueblos que constituyen una transición entre éstos y las razas más blancas y más perfectas del Norte y del Noroeste, apenas han salido del marco de la naturaleza de los negros. De suerte que el único elemento esencialmente nuevo es el tercero, cuya notable diferencia se aprecia claramente.

En los países que se extienden detrás de los pueblos de la costa de Guinea, encuéntrase desde muy antiguo pueblos negros que constituyen la base étnica de la soberanía relativamente moderna de pueblos de color claro (fulbas ó fellatas y sus antecesores) que acusan un origen septentrional, quizás berberisco. Los haussas, los mandingos y los joloffes son aquí los representantes de grandes desenvolvimientos históricos que pasaron rápidamente. Tampoco falta en el Sudán el fundamento de pueblos negros que también encontramos, aunque en mayor número, en los países wahunas del territorio del Nilo. La raza que vemos dominando en Bornu es un pueblo más ó menos negro; y en todos los puntos de la frontera meridional de los Estados mahometanos sudaneses, y aun al otro lado de la misma, encontramos negros cuyas costumbres y creencias paganas los diferencian doblemente de sus señores.

Desde el punto de vista de su aspecto exterior, parecen imposible comprender á todos estos pueblos dentro de una sola noción, siendo innegable que entre los mismos existe una porción de diferencias internas, amén de que consideramos completamente ocioso buscar una idea de unidad allí en donde, más que en ningún otro punto de Africa, las oleadas de pueblos se han ido empujando desde hace muchos siglos, unas á otras violentamente. En estos países la única conclusión que aparece justificada es la de que cuanto más abigarrado es el cuadro, más reciente es la historia de estos movimientos, cuanto mayor sea la uniformidad del carácter de la población tanto más tiempo hace que es dueña de sus destinos. Cuanto más nos acerquemos al punto de partida de estos movimientos, más abigarrada se nos ha de presentar esta mezcolanza; así lo vemos en el Sudán y especialmente aquí, en el Sudán occidental. Podemos, pues, decir únicamente que los habitantes que aquí encontramos son negros, pero negros que ora por ciertos rasgos más nobles ora por sus hechos históricos y de civilización, demuestran la acción de influencias extranjeras, influencias que ni aquí ni en ninguna otra parte de Africa podemos concebir sin cierta mezcla corporal. Sin tener en cuenta los tantas veces celebrados rasgos nobles de los joloffes, mandingos y demás afines, aun aquellos mismos ob-

servadores que como Faidherbe no niegan la mezcla de pueblos en estos territorios ponen á estos pueblos como «negros» en frente de los moros blancos, de los rojos fellatas, de los poels y de los fulbas. Proceder en medio de esta abigarrada multitud á una clasificación hecha sobre la base del mayor ó menor grado de mezcla, es cosa que hoy podría tener únicamente una importancia hipotética. Es indudable que entre estos pueblos los hay de un tipo más



Carcaj y flecha de un caudillo bambarra («Museo Británico» Londres) ¹, de su verdadero tamaño

inferior, pero preciso es tener en cuenta que una larga permanencia en el Sudán es muy propia para robustecer la opinión formada acerca de la fisonomía pura de los negros. Esta influencia creemos encontrarla, por ejemplo, en la descripción algo confusa que de los musgus nos hace Barth, pues después de haber recorrido el Sud, el Este y el Oeste, es decir las partes oscuras y las partes sombrías de esta región de la tierra, nos sentimos inclinados á hacer notar más la preeminencia de estos pueblos sobre el término medio de los negros que su inferioridad respecto de los sudaneses. Según Barth, ese pueblo se porta mucho más bárbaramente que los demás pueblos del Sudán, de la misma ma-

nera que es más repugnante y peor formado que ellos desde el punto de vista corporal. La elevación de la parte anterior del cráneo, sus espesas cejas, su erizada cabellera, sus ventanas nasales extremadamente abiertas, sus pómulos salientes, sus labios abultados y por último el color negro sucio de su piel que destaca de un modo desagradable sobre el negro brillante de los demás negros del Sudán, todo esto constituye otras tantas circunstancias desfavorables para el rostro de los musgus. De todos los demás habitantes de este territorio los más propiamente negros son sin duda alguna los joloffes, viniendo después de ellos los sereres y los mandingos puros: los dos últimos, bien que de expresión salvaje y guerrera, abundan en figuras esbeltas y en fisonomías nobles. Respecto de los pueblos del Noroeste, puede decirse que el tipo negro va suavizándose á medida que se penetra en los territorios del interior.

En éstos, el traje de los habitantes es todavía primitivo:



Escudillas de latón para la cerveza, del bajo Níger (Christy Collection, Londres) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño

un collar hecho con fibras de palmera dama toscamente tejidas y algunos pequeños aros de cobre para las orejas, son el principal adorno. Los musgus no conocen los anillos de hierro ó de acero de los marghis. En el país de los kados y en las inmediaciones de Bautschí, los pobres no usan más vestido que algunas hojas de árbol con que cubren sus partes genitales. Cuanto más activo es el comercio, más abundan las telas de algodón y con ellas los vestidos más completos. El oro y la plata han llegado hasta muy adentro de la costa. Las principales armas de las comarcas del interior son los venablos de hierro de dos puntas, de los cuales llevan todos los hombres dos en cada mano, y la lanza. Los musgus montan á caballo en pelo y mantienen intencionadamente abierta en la espalda del animal una llaga para tener el asiento más seguro, y aun hay algunos, lo cual parece increíble, que se hacen una incisión en la parte interna del muslo para ir más ajustados á falta de silla. De ser esto cierto, estas gentes serían una especie de hunos del Sudán y como éstos acusados por la leyenda de fabulosas barbaridades.

En muchos conceptos los negros del territorio del Níger-Bentúe son superiores á muchos de sus vecinos islamitas que con tanto orgullo y desprecio miran á los paganos: lo son primero en punto á buena construcción de chozas y aldeas, luego en lo relativo á la agricultura y finalmente por lo que hace al mayor cuidado con que dan sepultura á sus muertos. Las viviendas de los fulbas y en parte también las de los mandingos y las de los bambarras llevan impreso el sello del nomadismo, de la misma manera que las de los árabes del Sudán central están generalmente por debajo de las de los kanuris, kanembus, etc. En cambio, las mejores

viviendas negras tienen un bonito aspecto de comodidad y aun de cierto grado de industria. Cada corral abarca, entre los musgus, de 3 á 6 chozas, una para cada una de las mujeres del propietario. Las paredes de las cabañas y entre la gente acomodada la cerca que cierra el corral son de arcilla y tienen un espesor de muchas pulgadas. Los techos están contruidos con sumo esmero. En la forma de las fachadas encontramos apuntados varios estilos que Barth atribuye «á una cierta gradación en la vida.» En los territorios conquistados por los mandingos sólo éstos, es decir los señores, pueden tener grandes cabañas y muros de cerca: los vencidos, ó sea los bagumus, han de vivir en aldeas abiertas. Son notables los graneros en forma de cono, en los cuales están depositadas las provisiones de mijo, grano que se emplea principalmente en la fabricación de la cerveza llamada *dolo*: contruidos con arcilla y de una altura de 12 á 15 pies, semejan cántaros colosales cuya boca está protegida por un pequeño cobertizo de paja. El tipo fundamental de la cabaña del negro, es decir paredes de paja y arcilla en forma de cilindro cubiertas por un tejado de paja de forma cónica, aparece en todas las aldeas de los negros así de la costa como del interior. Hacia el interior aumenta el espesor de las paredes á causa del fuerte viento del Este, según opinión de Bérenger-Feraud. En estos territorios volvemos á encontrar la edificación sobre estacas que Rohlf s ha descrito en la isla de Loko en el bajo Bentúe, lo cual es consecuencia del malestar político que allí domina: en la referida isla las viviendas contruidas sobre estacas son habitadas por la tribu negra de los bassas que emprendió la fuga ante la aproximación de los fulbas. Durante el período de sequía, habitan estos negros en chozas de paja y cuando el río crece, hasta el punto de inundar la isla, vuelven á sus cabañas de estacas, en las cuales permanecen hasta que el suelo vuelve á estar seco.

Muchos negros se distinguen todavía más por el sistema de enterrar á sus muertos. En efecto, así como los habitantes del Sudán que se han convertido al islamismo demuestran negligencia suma en los enterramientos de sus difuntos y no protegen suficientemente las tumbas contra los ataques de las fieras, de suerte que los más de los cadáveres son á los pocos días pasto de la voracidad de las hienas, los demás construyen mausoleos con grandes bóvedas circulares coronadas por una urna, ó bien sepulcros cuya presencia indican dos ramas de árbol ó dos perchas colocadas transversalmente.

Estas costumbres de los musgus y de sus afines recuerdan de un modo sorprendente las de aquellos pueblos blancos del grupo sandeh-bongo que habitan en el territorio del alto Nilo y que se encuentran en un grado más elevado de civilización. Y sin embargo la superioridad de estos pueblos que estudiamos sobre sus vecinos no para aquí: H. Barth, después de haber recorrido la mayor parte del Sudán encontró por vez primera, así entre los mahometanos como entre los paganos, el abono de las tierras en Logón. El arado no se extiende hasta más allá de Agades, pero los haussas desmenuzan los terrones de los campos y los reúnen en pequeños montones formando surcos con las azadas y layas, lo cual equivale á arar las tierras. Rohlf s ensalza con razón la aptitud artística de los asos y de los bassas, negros de color más oscuro que viven en las comarcas del bajo Nilo, entre los cuales encontró aquel explorador hermosas esteras y cacharros para beber y para comer. Los habitantes del río Logón fabrican con el papyrus (*korokora*) una tela llamada *gabagaba* que seguramente es la misma que citan los escritores árabes con el nombre de *warsi*. La industria herrera que encontramos entre los malinkes de Be-

leadugu, con sus hornos de fundición de 3 metros de alto que un gran número de herreros hace funcionar á un tiempo en una época determinada, raras veces aparece en el Sudán. Por regla general el talento y el desarrollo que en la vida económica demuestran los pueblos más negros de este territorio han sido considerados muy superiores á los de los invasores blancos, así árabes como fulbas. Dölter ha expresado exactamente este contraste diciendo: los mandingos y sus afines son los cartagineses y los fulbas los romanos del Sudán occidental. Es cierto que algunos demuestran una inferioridad que se va notando á medida que se avanza hacia el Oeste, pero indudablemente muchos de ellos han sido sobrado calumniados por los mahometanos que los han calificado de bárbaros y de caníbales. En el país Bentúe hay también nyam-nyams cuya mala fama había llegado, según pudo ver Bary, hasta los tuaregs de Air. Roberto Flegel oyó calificar en Bentúe de salvajes y de caníbales á los montañeses (llamados *hubes*) de la montaña Muri; pero encontró al propio tiempo en ésta una densidad de población que acusaba mayor cultura de la que podían haber llevado á aquellos territorios los fulbas sus conquistadores. Flegel halló muy poblada la orilla del Bentúe, más arriba de Djen, y encima de Umpani vió aldeas con 500 y más cabañas. La orilla meridional presentaba, en una longitud de 20 kilómetros, una fila de cabañas casi no interrumpida.

La construcción de canoas y la navegación ofrecen algunas particularidades: las canoas de los habitantes de Bentúe, en las cercanías del territorio de los bassamas, están adornadas, según las describe Flegel, al fuego y ostentan en su espolón un cocodrilo. Los remos son tanto más raros cuanto que consisten en una pieza ancha y encorvada á modo de pala con adornos esculpidos ó hechos al fuego y adherida á una percha de una madera elástica por medio de tiras de corteza. La pesca está también muy desarrollada y se hace, al parecer, con instrumentos especiales: H. Barth encontró en una aldea musgu abandonada un arpón de tres puntas, de forma distinta de los ordinarios, parecido á un tridente hasta en el tener la punta central más larga, y que unido á un mango de 8 pies de largo servía probablemente para ensartar peces. En las aguas del Schari y del Logón se mecen verdaderos bancos. Los botes del río Logón que vió H. Barth tenían de anchura 4 pies en su base y 6 en el borde superior, habiendo él mismo recorrido el río en una barca que á pesar de tener 25 pies de largo era de las pequeñas. Por regla general tienen mayores dimensiones, están hechas con fuertes tablas unidas por medio de sogas y se distinguen por su gran espolón. H. Barth vió en la capital de Logón 40 ó 50 de estas embarcaciones ancladas en el río.

El carácter peculiar de la política de los pueblos negros de esta región es el fraccionamiento y la debilidad, al paso que los de color más blanco ó los que se han formado bajo la influencia de éstos, son cada vez más fuertes y aparecen conquistadores y dominantes. Aun los que podemos calificar de desechos de estos últimos procuran proporcionarse en los negros, fáciles de sojuzgar, material para sus ambiciosos planes. El primer objetivo de un moro ó de un fulba ambicioso es poner á su propio servicio y al de sus partidarios un rebaño de esclavos compuesto de gentes sojuzgadas, sirviendo perfectamente para ello los joloffes, los serrakoletes, los mugsus y demás tribus análogas. Así han comenzado los grandes Estados. Estos audaces conquistadores, al repartirse los territorios, ponen bajo su cetro á las poblaciones de los mismos. Se ha dicho que en el Sudán occidental cada inmigrante fulba es el germen de una futura soberanía sobre las gentes de color más oscuro que le rodean: humilde y hasta despreciado al principio, levanta la

cabeza apenas tiene la certeza de que cuenta con algunos camaradas y entonces puede en cada lugar que pise considerar tan seguro el aumento de sus fuerzas como la cohesión de las mismas. De este proceso de disolución únicamente se salvan los fragmentos que se refugian en las fortalezas naturales inexpugnables, de modo que los pequeños Estados negros del Oeste sólo por medio de restos permiten reconocer las robustas organizaciones políticas. Entre los joloffes, el gobierno es débil y al frente del mismo hay dos reyes, uno en Cayor y otro en Ualo que se llaman respectivamente *damel* y *brak*. El poder reside en los caudillos, muchos de los cuales dominan en varias aldeas, pero la mayoría sólo en una, y el rey no ejerce su soberanía suprema más que en los casos excepcionales. Los caudillos eligen al rey de entre los miembros de una familia determinada: en el acto de la coronación, un caudillo ofrece al damel un puchero que contiene probablemente semillas de todas las plantas que crecen en el país y le pone un turbante que se trasmite de un damel á otro y que está adornado con todos los amuletos que pueden imaginarse. El rey, antes de ponerse al frente del gobierno, pasa ocho días retirado en las soledades de un bosque sagrado. La coronación del brak se hace de una manera análoga, con la particularidad de que antes ha de coger en un determinado río un pez, después de lo cual se retira por espacio de ocho días á un sitio solitario acompañado de una mujer que puede escoger de entre todas las de su pueblo.

Los pueblos que aquí dominan y que tratan de extender su soberanía son islamitas. El islamismo aumenta de Norte á Sud. Sin embargo, verdaderos mahometanos únicamente lo son los habitantes de las ciudades y los fulbas y mandingos procedentes del Norte, siendo frecuente también en ellos el conocimiento de la lengua árabe. Rohlf s calcula que en los países comprendidos entre el Bentúe y el Níger, los mahometanos no forman más que la tercera parte de la población. El islamismo es para estos pueblos en primer término motivo y medio para las invasiones y guerras contra los paganos, de suerte que conversión y sumisión son entre ellos palabras sinónimas. Para los mismos sometidos esta religión se convierte muy pronto en medio de conquistar poder. Los negros más ascetas y más intolerantes son al propio tiempo los más ambiciosos. Pero de todas maneras es innegable que el islamismo ejerce una influencia moralizadora, lo cual hemos en gran parte de atribuir al carácter formal de sus principales representantes, los fulbas. El islamismo destruye algunas malas hierbas en este campo de pueblos, llevando á algunas partes ciertas mejoras, la más importante de las cuales es sin duda alguna la extirpación de un fetichismo las más de las veces insensato. Es digno de notarse que el *fetich* de la Costa de Oro se convierte en la Senegambia en *griot*, es decir bufón, en ministril jugador de manos, en charlatán. Esto hace que aumente la influencia de los santos mahometanos siendo muchos los engañadores que se aprovechan de las creencias y supersticiones populares para enriquecerse ó proporcionarse, por lo menos, placeres. Es por lo mismo difícil separar de las costumbres y usos de estos pueblos el elemento mahometano que indudablemente tiene en ellos gran representación y que se manifiesta claramente en sus leyendas y refranes, siendo más fácil hacer resaltar los rasgos negros que conservan todavía estas gentes y á los que pertenecen el sacrificio de un buey junto á la tumba, entre los joloffes, el permiso que cada individuo de este pueblo tiene para decir en presencia del cadáver todas las verdades acerca del difunto, y la creencia en los hechizos que subsiste á pesar de la situación decadente del griot.